

LA TIENTA*

Ivonne Irma Trías Hernández**

*Mis palabras pincel. Los que con magia primitiva
pintarán la cárcel fuera de mí y ayudarán a liberarme.*

Palabras porteras

Luego de los naufragios, sobrevivientes en aquella caja rectangular, se entreabrió una hendidura por la que entraba con presión inaudita la posibilidad de la amnistía.

Según el tipo de atmósfera que cada una hubiera construido, el chorro de libertad era sacudimiento festivo o crisis respiratoria.

Las horas, extendidas como una calle kilométrica. Cuántas horas, horas de instantes perseguidos como mariposas que se quiere observar en su delicado movimiento, sin alfileres. Esas mariposas, ¿a quién mostrarlas? Dalí lo hubiera comprendido. Terquedad de Dalí homenajear la mortalidad de los instantes.

Aquel chorro de aire por yelmos, cujas y faldones prontos a resistir las décadas, provocando un arcoiris de respuestas, quemaduras de todos los grados.

En algunos casos, trozos de gola o peto quedaban adheridos a la piel, porque hay armaduras como la máscara de Onibaba.¹ Esos restos los disimulamos bajo los vestidos, acostumbradas a guardar secretos.

Fue una fiesta el reencuentro. Nadie en Libertad, nadie en Punta Rieles.² Como la más cara utopía de amor universal, largas filas de manos saludaban la gran salida del gran encierro. Por esa vez todos los hombres eran hermanos. Miles de hechiceros ejecutaron la terapia tribal del recibimiento.

* Tienta: Es un término de tauromaquia para referirse a la operación en la que se prueba la bravura de los becerros.

** Ivonne Irma Trías Hernández "Ateneo Pacífica" Uruguay. Este texto forma parte del proyecto "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América Latina y el Caribe", impulsado desde El Salvador por las periodistas Nora Franco (Argentina) y María Teresa Escalona (México)

Pero las cajas repletas de minutos, las cajas atiborradas de instantes mariposa cazados al vuelo, sin matar, ¿a quién mostrarlos, ante quién desplegar esos tesoros?

Las preguntas, los ojos, preguntaron: ¿qué te hicieron? Preguntas que respondimos sin derramar una lágrima, prolija, metódicamente. Lejos de la emoción. La tortura no se puede decir. Primero por demasiado cercana, después por demasiado lejana. La tortura se informa.

Pero los cajones de instantes, rescatados, disimulados, a salvo de las requisas finales, ¿a dónde guardarlos para que no molesten?

Cubiertos de polvo a las pocas semanas de indiferencia, yacen bajo la cama. Allí están las primeras arrugas y canas. Las invenciones de sentido, los argumentos para mantener la calma, el erotismo acorralado. La espera. No es un hilo interminable tejido año tras año.



La espera es polvo

Según Oceania.³

Se levantaba un silencio pesado y rígido, sin agujero de silencio por el que yo y todas espíamos la formación silábica que nos mandaría a la sala de luz y ceguera.



El túnel del silencio

Sólo mis pasos sonaban desmesuradamente, como si caminara en un recinto vacío, en un mundo desierto. Sólo el rumor de la ropa, los latidos en el pecho y las sienes.

El rectángulo del martirio. El húmedo y sucio rectángulo eléctrico, punzante, ensordecedor, humillante. Sin tiempo. Sin ley. Sin límites.

"Si Dios no existiera, todo estaría permitido"

Los moldes de la conducta humana. Plástico derretido. Si lo humano aprendido es una ficción y la mirada no encuentra ni al sur ni al norte un consuelo. "Si Dios no existe...", si estamos desarmados...

Siglos de literatura inventando zonas a salvo de todo crimen, desmentidos de golpe. Sin ley humana. ¡Qué inocente Dostoievski!

En las paredes del rectángulo, las tibias cruzadas de la literatura mentirosa. No creer. Todavía podía no creer. Atribuirle a todo espanto un carácter de técnica beligerante, de táctica: robarle al prisionero la seguridad, la certeza, su rosa de los vientos y su reloj de arena. Que se arrastre y que ladre. Que no distinga el piso ni el techo ni adelante ni atrás en la blancura esférica que lo encierra.



Un huevo de terror

Según Gacela.

Cayó la guillotina dejando a un lado el cuerpo doliente y al otro todo lo Bueno. Todo lo perdido. Las milanesas que hacía mi mamá. El golpe leve de la maquineta de afeitar sobre la pileta del baño. Las uñitas de mi perro en el piso.

Se inició aquella exposición a la luz de las miradas durante cada hora de cada día de cada mes de cada año. Cada segundo, de cada hora, de cada década.

Sin espacio para retroceder, sin posibilidad de esconderse. Las miradas sonrientes, curiosas, amistosas, ineludiblemente presentes. Ojos de chiquilines o turistas alrededor de los movimientos de un bicho que quiere lamerse en su cueva pero sólo tiene cemento y rejas de zoo. Alrededor del creciente deseo de estar sola. La mirada excesiva.

¿Por qué es tan duro tolerar la mirada perpetua? En este caso no era una mirada enemiga. Volvía el recuerdo olvidado de la mirada de Dios, con el viejo terror infantil de cosa ineludible. "Pero ma, y si me escondo debajo de la cama ¿igual me ve?" Y la respuesta invariable que pretendía reforzar la viveza

de Dios: "Te ve siempre estés donde estés". Yo oscilaba entre el desafío y el pánico.

En la jaula de vidrio esperaba la hora de silencio, me escondía bajo las sábanas para llorar hasta que un día, entre mis lágrimas incontenibles, vi una mano delicada deslizando en mi almohada un papelito con una flor de campo prendida: "[...] usted sabe que puede contar conmigo".

Las otras se hicieron visibles. Iguales a mí, inermes pero decididas a no morir ni decrepitar.



Caleidoscopio de alteridades juveniles, isla de mujeres sobrevivientes a la destrucción

Según Juana.

Cuando se cerró la reja yo era fácil de herir. Pero había un deber que cumplir y todos los escudos por improvisar.

Acorazando cada parte de mí susceptible de ser agredida me fui olvidando de mi antigua apariencia.

También las demás se cubrían; unas a otras nos señalábamos los espacios expuestos. Pero las otras eran más descuidadas y se quitaban las armaduras por la noche. Se divertían reconociendo sus pies rosados y el vello de sus brazos. Yo no.

A mí no me tomarían desprevenida. Me convertí en mi propio control automático de protección. El mecanismo era como el de los detectores de los aeropuertos, pero funcionaba al revés: sonaba cuando yo quería pasar con algún centímetro sin metalizar. Mejor soldado que los de la guardia, tracé mi propia disciplina de guerra.

El recuerdo de la suavidad me producía angustia y hacía sonar la alarma. El recuerdo del placer, del sabor, del tacto...

Cuando ya no pude quitarme la coracina⁴ ni la gramalla⁵ para bañarme, me sentí tranquila. No sé cómo se produjo la fusión del cuerpo y la armadura.



Nadie notó el cambio

Sabía que habría otras violencias para mí, pero cuando éstas llegaron yo estaba muy lejos, sentía las banderillas como si sólo mirara, como si sólo pensara.

Me trajeron el vidrio picado de mis ventanas para que supiera que ya no tenía casa. Me trajeron hojas de mis libros para que supiera que ya no tenía biblioteca.

Y me trajeron silencios y ausencias para que entendiera la política de tierra arrasada.



Yo estaba muy lejos, como un recuerdo de mí

Oceania desea tanto su libertad como el acto de comprometerla. Su libertad es zafral, como las estaciones, como las lunas, como las menstruaciones de una gigante.

Oceania ahorró sus óvulos porque en la cárcel su cuerpo se negó a producirlos. Las tres monas sabias, tapándose los oídos, la boca y el vientre durante los interrogatorios: "No oigo, no digo, no ovulo".

Después, mucho después, vidas después, la cama es blanda, la música suave y los músculos se distienden. Oceania ya libre se arrebujaba en su acolchado tibio y liviano. Pero en algún rincón amenazante, agazapado o derrotado, acurrucado, está el terror.

El terror propio o ajeno. La sombra de la violencia que ya vivió o la que alguien vive en un rincón, tratando en vano de cubrirse los ojos ante el espanto.

Oceania no; ya no. El terror quedó atrás; o al costado. Es un fantasma que cruza por todas las esquinas felices y sólo ella ve. Cruza las sábanas amantes, cruza toda pacífica intimidad. Cruza todas las raíces.

Mira sus dedos abiertos a contraluz; el color anaranjado de su sangre la turba. Viva, está viva. Sobreviva.

Piensa en Yu' Y Poty, desaparecida. Tú, pequeña flecha florida, la inasible -piensa-, por qué no dejas una huellita brillante de caracol en el tronco de un árbol, una mínima depresión de patas de gato sobre la cama tendida. Una pista que seguir hasta mi emoción, mis ganas de saber, mi noción de sentido.

Como los pueblos antiguos decliné esos bienes para que te acompañen en tu viaje incierto. Pero a diferencia de esos pueblos, yo tengo que hacer un rodeo para todas las frases. No puedo decir como ellos, que enterré contigo mis alimentos, perro y joyas.

Creón adopta la personalidad múltiple de la impunidad. Como parte de este pueblo moderno pues, yo he enterrado simbólicamente en el lugar simbólico en que te encuentras, mis bienes. Los otros, los que te hubieran correspondido en la antigüedad faraónica los declaro tabú: no puedo tocarlos, no gozarlos. Otros bienes, simbólicos también y cambiantes, improbables, te envié. Mi perro guardián te envié y desde entonces ando desprotegida. Te envié mi certeza y desde entonces mi pensamiento es aproximativo, huidizo, colibrí que no se posa ni aprehende nada. Te envié mi confianza y desde entonces todo porta la amenaza de desaparición violenta. El sonido del clave en una noche desolada, una duda pacificada: tal vez haya un sentido, tiene que haber un sentido. Este momento, un puente entre Couperin⁶ y el clave de Reny⁷ y este tiempo... tiene un sentido. No sé cuál. No puedo pensar cómo fue. Para poder no poder, me martirizo la inteligencia, me fabrico una cierta amnesia invasora y no puedo dominar mi intento. Olas, mareas de no saber se apoderan de mi cerebro.



Pudo suceder, sin huella en la marcha de la humanidad

Me metí al agua para burlar a Charia,⁸ haciendo que los peces escaparan a su anzuelo.

Te gustaba eso. "Ahora yo", dijiste. (¿O fui yo quien dijo "ahora tú", empujándote suavemente).

Charia aprovechó tu inexperiencia para vengarse. No sobreviviste. No sobreviviste. Yo sí.

Te busqué bajo el agua, en la mesa de Charia, le pedí tus huesos-espinas, te reconstruí.

No es cierto.

Quedé impávida junto al agua. Allí te habías metido, dicen, oyendo mi voz que te decía "Ahora tú", dicen.

¿Fue así? ¿Dónde están tus espinas de pez?

Perpleja, no sé buscarte. No puedo reconstruirte ni soplarte entendimiento.

Como si Charia me hubiera devorado a mí, no a ti, siento necesidad de desaparecer de todas las cosas, cíclicamente.

Como si mi hermano mayor me hubiera devuelto la vida, reaparezco una y otra vez. Pero tú no.

Sobreviví. ¿Qué tengo que demostrar? ¿Tengo que demostrar algo? Dentro de mí, juez implacable, enjuto, seco, riguroso: "Sí", dice. Dentro de mí, monja de clausura: "Sí", dice. Dentro de mí, espía militar: "A ver que confiesa", dice. Coro de la muerte: "Vergüenza e injusticia es sobrevivir".



Fuera de mí, tu hijo. Sus ojos herederos

Él no puede mirar hacia atrás. Sólo existe la ausencia y un sordo rumor de despojo muy temprano, un regusto resabio lactante violentado.

Los ojos del niño son de esperanza y de miedo. Mira preguntando. El hijo estira sus patas de potrillo, prueba la tierra firme. La calavera ríe desde su dibujo cuando él rechaza la diadema funeraria.

El niño reconstruye adentro suyo. La madre era un latido, un gusto, una suavidad perdidos. El padre fue un dios creado por el niño para protegerse. No hay recuerdos, hay abismos y ardidés para borrarlos.



Pero me absuelvo. Pago el precio y me absuelvo

Yo misma me quito la chaqueta y las medallas. Me las saco con ternura: las gané en buena ley y son intransferibles. Aunque no las use.

Como si Charia se hubiera equivocado, me eclipso periódicamente. Como si Kuarahy⁹ me hubiera rehecho, periódicamente vuelvo a aparecer.

No encontré un conejo aliado. Otra historia escribí al pasar indemne por las pruebas, pero la fuerza de tu llamado me mantuvo atada al deseo de perecer en la hoguera, juntas y orgullosas.

Mi deseo de volver, peces, pobres viejas bailarinas. Mi deseo de incendiar y apagar, de matar y resucitar hasta el deslumbramiento.

Y la venganza postergada

Oceania se estira en el balcón soleado de su casa. Como si hubiera soportado un largo invierno disfruta del sol con un erotismo sagrado. Todo lo que toca es placentero para su piel que roza sin afán de apropiación.

Las hojas de las plantas, la gotita que se desprende del borde y la sorprende, tan fría entre los dedos de su pie.

Su cabello caliente, la aspereza del muro. Los poros de los objetos reciben, como ella, los sonidos y la luz que hacen reconocible el mundo, se vuelven amistosos bajo la mirada ecuménica de Oceania.

Las barreras entre los reinos naturales. Le explicaron eso en todos los idiomas, pero ella nunca lo entendió.

¿Cómo será el día siguiente del primer día libre para siempre? Un día como éste, sin vela de armas, sin planes de defensa, sin ejercicios de reivindicación.

Echada al sol, con las uñas retraídas y todo su peso de gran felina en redondo abandono, Oceania se deja interpretar. ➡



- 1 Onibaba: Tomado de la película *Onibaba o el mito del sexo*, en que una mujer que desobedecía se ponía la máscara de Onibaba y ésta quedaba adherida a su cara.
- 2 Libertad y Punta Rieles: Nombre de las cárceles para presos y presas políticos que sirvieron a ese fin durante 1973 y 1985.
- 3 Oceania: Palabra que se escribe sin tilde. Tiene que ver con un tipo de "patología", el yo-oceánico, que como resulta obvio, reivindicó.
- 4 Coracina: Pieza de la armadura antigua, coraza pequeña.
- 5 Gramalla: Cora de malla, como el anterior, es un término que designa distintas partes de la armadura antigua.
- 6 Couperin: (Couperen en francés), es un compositor de música para clave.
- 7 Reny: Es René Pietrafessa, música uruguaya, compositora y directora de orquesta.
- 8 Charia: Es un personaje mitológico guaraní, un ser primigenio convertido en padre de los destructores del mundo.
- 9 Kuarahy o Kwarai: Es, también en la mitología guaraní, la representación del Sol o su dueño y vigilante, hermano de Yasyra, la Luna o el dueño y vigilante de ella. El mito de los hermanos o gemelos es común a la mayor parte de las creencias tupiguaraníes. Los gemelos, siempre burlones, debían pasar duras pruebas para guiar a los hombres a la tierra sin mal y hacerla habitable.